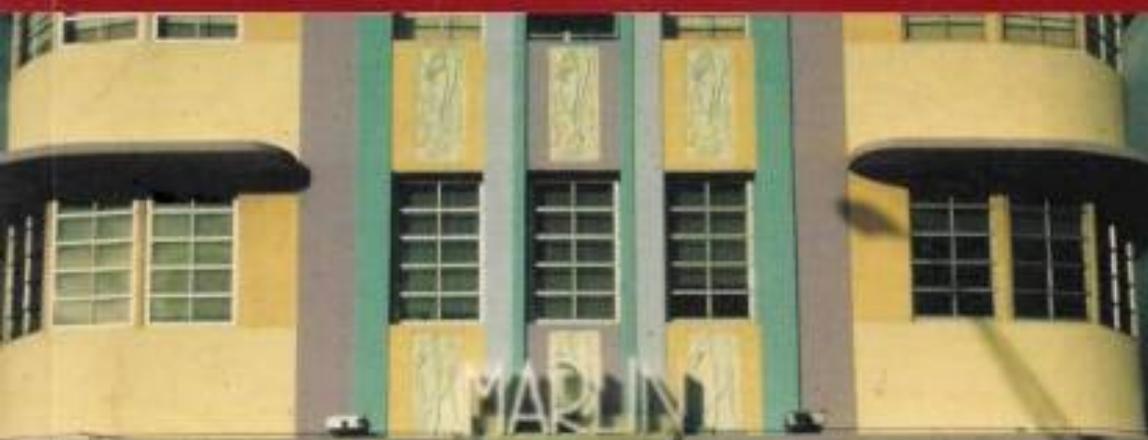


CARL HIAASEN

LUCKY YOU



«Impecable y absolutamente entretenida.»

Newsday

JoLayne Lucks, que vive en una ciudad famosa por sus insospechados milagros, no puede dejar de sorprenderse cuando obtiene el gran premio de la lotería estatal, veintiocho millones de dólares. Tiene grandes planes para su fortuna: salvar de la excavadora una singular y paradisíaca porción de Florida.

Solo hay un problema: existe otro boleto ganador y sus propietarios no tienen intención de compartir el premio. Cuando estos, fundadores de un patético grupo paramilitar, arrebatan a JoLayne su boleto, a ella no le queda más remedio que aliarse con un periodista y salir en busca de los dos canallas de gatillo fácil y de la preciosa camarera que han tomado como rehén. Hacer fortuna nunca fue fácil...

Índice de contenido

Cubierta

Lucky you

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epifanía

Sobre el autor

Notas

*Para Laureen,
una entre un millón.*

Esta es una obra de ficción. Tanto los personajes como sus nombres son ficticios. Cayo Perla es un lugar imaginario, aunque las costumbres alimenticias del cangrejo azul y el buitre negro común sí han sido descritas con detalle. Hay que hacer constar que no está aprobado el uso dentífrico del WD-40, una marca registrada.

Capítulo 1

La tarde del 25 de noviembre, una mujer llamada JoLayne Lucks se dirigió en coche al supermercado Grab N'Go, en Grange, Florida, y compró caramelos de menta Certs, hilo dental sin cera y un boleto de la lotería estatal.

JoLayne escogió los mismos números que llevaba jugando cada sábado desde hacía cinco años: 17, 19, 22, 24, 27 y 30. Cada uno de ellos representaba la edad a la que se había librado de algún novio indeseable. Esto es: a los 17 de Rick, el mecánico de Pontiacs; a los 19 de Robert, hermano de Rick; a los 22 de un corredor de bolsa apellidado Colavito —le doblaba la edad y no cumplió ni una sola de sus muchas promesas—; a los 24 de un policía que también se llamaba Robert y que acabó metiéndose en líos por ofrecerse a «olvidar» ciertas multas de tráfico a cambio de ciertos favores sexuales. A los 27 se libró de Nick, el quiropráctico, un chico muy apuesto pero terriblemente dependiente.

Y a los 30 JoLayne dejó a Lawrence —abogado—, su primer y único marido. Lawrence fue inhabilitado para ejercer la abogacía exactamente una semana después de la boda, pero el matrimonio se prolongó casi un año más. JoLayne le quería y estaba dispuesta a creer en su inocencia a pesar de las múltiples denuncias por fraude que contra él se acumulaban en los tribunales de Florida. Mientras esperaba a que se juzgara su caso, Lawrence aceptó el empleo de cobrador en el peaje de la autopista de Beeline, un giro profesional de ciento ochenta grados que a JoLayne le lle-

gó al corazón. Por desgracia, una noche le sorprendieron llevándose un saco con más de quince kilos de monedas de veinticinco y diez centavos. Sin darle tiempo a pagar la fianza, JoLayne empaquetó todas sus pertenencias —incluidas unas carísimas corbatas de Hermès— y las regaló al Ejército de Salvación. A continuación solicitó el divorcio.

Fue cinco años después, aún soltera y sin compromiso, cuando, con un inmenso regocijo, ganó la lotería de Florida. Eran las once de la noche y estaba sentada frente al televisor, con un plato de sobras de pavo, cuando nombraron los números premiados.

JoLayne Lucks no se desmayó, ni se puso a gritar o a dar brincos alrededor de la casa. Sonrió apenas, recordó a los seis hombres que habían pasado por su vida, y se dijo que, sin duda muy a su pesar, por fin le habían dado algo que merecía la pena.

Veintiocho millones de dólares, para ser exactos.

Una hora antes y a unos 480 kilómetros de allí, una camioneta Dodge Ram de un color rojo vivo aparcó junto a un restaurante de carretera de Florida City. De ella se bajaron dos hombres: Bodean Gazer, más conocido como Bode, y su colega Chub, que, según presumía, no tenía apellido. Aunque habían aparcado en una plaza reservada para discapacitados, ninguno de los dos padecía ninguna minusvalía física.

Bode Gazer medía 1,65 —algo que nunca le había perdonado a sus padres—, llevaba botas de piel de serpiente con alzas de seis centímetros y caminaba con un característico balanceo que más que bravuconería parecía indicar que sufría de hemorroides. Chub, que medía 1,85, tenía una enorme panza de bebedor de cerveza, los ojos permanentemente empañados, el pelo recogido en una coleta e iba sin afeitar. Siempre llevaba encima una pistola cargada y era el mejor y único amigo de Bode Gazer.

Se habían conocido hacía dos meses: Bode Gazer había ido a comprar una pegatina falsa de minusválido que le permitiera aparcar donde le diera la gana en Libertad Condicional o en cualquiera de las otras dependencias estatales donde ocasionalmente se requería su presencia.

Al igual que su desaliñado dueño, el remolque donde vivía Chub apestaba a mohó. Este acababa de imprimir una nueva remesa de insignias falsificadas que había puesto a secar sobre la encimera de la cocina. La zona de trabajo, a diferencia del resto, estaba impecable, y en las pegatinas el símbolo de la silla de ruedas destacaba nítidamente sobre el fondo azul marino. Ningún policía de tráfico del mundo habría dudado de su autenticidad.

Chub le preguntó a Bode qué tipo de distintivo quería: una insignia para el parachoques, una etiqueta para el retrovisor o un letrero para el salpicadero. Bode le dijo que una simple etiqueta para la luna del coche valdría.

—Doscientos pavos —pidió Chub, rascándose la paletilla con un tenedor de ensalada.

—Ando un poco justo. ¿Te gusta la langosta?

—¿Y a quién no?

Llegaron a un trato: la pegatina falsa a cambio de cinco kilos de langosta fresca de Florida que Bode Gazer había robado de un vivero de Cayo Largo. Era lógico que el cazador furtivo y el falsificador acabaran por congeniar, ya que los dos compartían el mismo desprecio por el Gobierno, los impuestos, los homosexuales, los inmigrantes, las leyes que restringían el uso de armas de fuego, las mujeres autoritarias y el trabajo honrado.

A Chub no se le pasó por la cabeza que profesaba algún tipo de credo político hasta que conoció a Bode Gazer, que le ayudó a poner orden en sus prejuicios dando lugar a una venenosa filosofía. A ojos de Chub, Bode era la persona más inteligente del mundo, y se sintió muy orgulloso cuando su nuevo camarada le dijo que los dos formaban una milicia.

—¿Como esos tipos que volaron ese tribunal en Nebraska?

—En Oklahoma —replicó al instante Bode—. Fue el Gobierno, para trincar a un par de buenos chicos blancos. No, yo me refiero a una auténtica milicia: armada, disciplinada y con unas normas, como dice la Segunda Enmienda.

Chub se rascó un grano de la nuca.

—¿Y quién pone esas normas, si puede saberse?

—Tú, yo, Smith y Wesson^[1].

—¿Y eso es legal?

—Eso pone en la jodida Constitución.

—Entonces, OK —dijo Chub.

Bode le explicó que los Estados Unidos de América estaban a punto de ser conquistados por un Nuevo Tribunal Internacional cuyo ejército, formado por tropas extranjeras de la OTAN, se estaba concentrando al otro lado de la frontera con México y en ciertos cuarteles secretos de las Bahamas.

—¿De las Bahamas? —Chub lanzó una aprensiva mirada al horizonte. Estaban en el fueraborda del primo de Bode, robando en los viveros de Cayo Rodríguez.

—Hay setecientas islas en las Bahamas —contestó Bode—, y la mayoría están desiertas.

—¡Madre de Dios! —Chub empezó a recoger a toda prisa los cestos de langostas.

Pero entrenar adecuadamente a una milicia resultaba muy caro, y ninguno de los dos tenía mucho dinero: Bode estaba asfixiado con los plazos de su furgoneta nueva, y Chub había invertido todo lo que tenía en una imprenta ilegal y un arsenal privado, así que empezaron a jugar a la lotería estatal. Según Bode, lo único decente que el gobierno de Florida había hecho por sus ciudadanos.

Estuvieran donde estuviesen, todos los sábados por la noche los dos hombres se dirigían religiosamente al supermercado más próximo, aparcaban en alguna plaza para minusválidos y compraban cinco boletos. Nunca jugaban los

mismos números y, a veces, estaban tan bebidos que preferían dejar que el ordenador hiciera todo el trabajo intelectual.

La noche del 25 de noviembre, Bode Gazer y Chub compraron sus cinco boletos y tres packs de seis latas de cerveza en el 7-Eleven de Florida City. Una hora más tarde, cuando se anunciaron los números ganadores, estaban muy lejos de una televisión, en medio de ninguna parte, aparca-dos en la cuneta de un camino de tierra, a unos cuantos ki-lómetros de la central nuclear de Turkey Point. Bode Gazer estaba sentado en el capó del Dodge Ram, apuntando con uno de los rifles de asalto Ruger de Chub a un buzón de correos del Gobierno Federal de Estados Unidos que ha-bían robado de una esquina de Homestead. Era un acto de protesta revolucionario, había dicho Bode, como el Motín del Té de Boston^[2].

Los faros de la camioneta apuntaban hacia el buzón; Bo-de y Chub dispararon con el Ruger por turnos hasta que se les acabaron la munición y las Budweiser. Saquearon el co-reo con la esperanza de encontrar dinero o cheques, pero no había más que propaganda. Por fin, se quedaron dormi-dos en el remolque. Poco después del amanecer, los des-pertaron un par de hispanos bastante musculosos, segura-mente trabajadores de una granja cercana, los golpearon con el Ruger y los echaron de allí con cajas destempladas.

Fue poco después, al llegar al remolque de Chub, cuando por fin se enteraron de su extraordinaria fortuna. Bode Gazer estaba en el baño, mientras Chub se quedó tumba-do delante de la tele cuando una atractiva presentadora ru-bia dio los números ganadores de la noche anterior, que Chub iba anotando al dorso de su última orden de desahu-cio.

Un momento más tarde, al oír los gritos, Bode salió del baño con los vaqueros y los calzoncillos por las rodillas; Chub agitaba el resguardo, berreando como un loco.

—¿Qué mierda...? —empezó a decir Bodean Gazer.

—¡Nos ha tocado, tío! ¡Nos ha tocado!

Bode extendió la mano para atrapar el boleto, pero Chub lo puso fuera de su alcance.

—¡Dámelo! —gritó Bode, dando saltos. Sus genitales se balanceaban de un modo ridículo.

—¡Súbete los pantalones, joder! —rio Chub. Le tendió el boleto a Bode, que leyó los números en voz alta.

—¿Estás seguro?

—Los he apuntado, Bode. ¡Sííí, estoy seguro!

—¡Dios! ¡Diooooo! ¡Veintiocho millones de dólares!

—Oye, espera un poco: en el telediario dijeron que había dos ganadores.

—¡Me importa una mierda! —exclamó Bode Gazer.

—Hay dos ganadores. O sea, que nos quedan catorce millones para nosotros dos solitos, ¿te lo puedes creer?

Bode sacó la lengua, grumosa y con manchas, como la piel de un sapo, y se lamió las comisuras de los labios, como si estuviera a punto de lanzar un escupitajo.

—¿Quién tiene el otro? ¿El otro maldito boleto? —dijo.

—No lo han dicho.

—¿Y cómo podemos averiguarlo?

—¿Y qué mierda nos importa eso? —replicó Chub—. En cuanto tengamos nuestros catorce millones, me importará una higa si el otro boleto lo tiene el jodido Jesse Jackson.

Pero a Bode Gazer empezaron a temblarle las mejillas. Apuntó con un dedo al boleto y dijo:

—Tiene que haber una forma de averiguarlo, ¿no crees? Encontrar a ese montón de mierda que tiene el otro boleto... tiene que haber una forma...

—¿Por qué? —preguntó Chub, pero pasó un buen rato antes de que obtuviera una respuesta.

El domingo por la mañana, Tom Krome se negó a ir a la iglesia. La mujer con la que había pasado la noche, de nombre Katie, una rubia con pecas en los hombros, le ha-

bía dicho que deberían ir juntos a misa y pedir perdón por lo que acababan de hacer.

—¿Por qué en concreto? —preguntó Tom Krome.

—Lo sabes muy bien.

Krome se tapó la cara con una almohada, mientras Katie, sin dejar de hablar, se ponía las bragas.

—Lo siento, Tommy, pero esa es mi forma de pensar, es hora de que lo sepas.

—¿Crees que está mal?

—¿Cómo dices?

Tommy se asomó por detrás de la almohada.

—¿De verdad crees que hemos hecho algo malo? —repite.

—Yo no, pero puede que Dios no esté de acuerdo conmigo.

—Ya, así que lo de ir a la iglesia es una «medida de precaución».

—¿Vas a venir o no? —Katie estaba frente al espejo, arreglándose el pelo—. ¿Qué tal estoy?

—Pareces una santa —replicó Tom.

En aquel momento sonó el teléfono.

—¡Ja! Muy gracioso, corazón. Anda, coge el teléfono, por favor —Katie se había puesto los zapatos de alto tacón—. ¿De verdad no quieres venir a la iglesia, Tom? No puedo creerlo.

—Sí, soy un jodido pagano —Krome descolgó el teléfono. Ella se le quedó mirando desde el umbral con los brazos cruzados—. Es Sinclair —continuó Krome tapando el auricular.

—¿En domingo?

—Me temo que sí —Krome simuló sentirse decepcionado, aunque en su fuero interno dio gracias a *Dios* por aquella oportuna interrupción.

El rimbombante puesto de Sinclair en *The Register* era el de Redactor Jefe Editorial Adjunto de la Sección de Sociedad y Sucesos; confiaba en que, fuera del ambiente periodístico, nadie supiera lo insignificantes que en realidad resultaban sus responsabilidades. En un periódico pequeño, aquel era uno de los cargos de menor relevancia y que menos exigían. En teoría, Sinclair no podría ser más feliz: la mayoría de los reporteros y editores que trabajaban para él eran muy jóvenes, y se mostraban patéticamente contentos por el simple hecho de que él les diera trabajo, con lo que siempre hacían todo lo que les pedía.

Su mayor problema era Tom Krome, que, curiosamente, también era su mejor periodista. Krome había aprendido el oficio en Sucesos, lo que le había convertido en un cínico redomado, totalmente refractario a cualquier muestra de autoridad. A Sinclair le daba miedo, había oído algunas historias sobre él muy poco tranquilizadoras. Además, Krome, de 35 años, era algo mayor que él, así que además de la ventaja de la experiencia añadía el ascendiente de la edad. Sinclair sabía que no tenía la menor posibilidad de que Krome le tuviera algún respeto.

El mayor temor de Sinclair como Redactor Jefe Editorial Adjunto de la Sección de Sociedad y Sucesos era que algún día Krome llegara a humillarlo delante de toda la redacción, que le pusiera en evidencia delante de Marie, de Jacquelyn o de alguna de las secretarías. Sinclair sabía que, psicológicamente, no podría superar semejante bochorno, así que procuraba mantener alejado a Krome del periódico tanto como le era posible. De esta forma, Sinclair gastaba el noventa y cinco del presupuesto que tenía reservado para dietas en reportajes que le encargaba a Krome fuera de la ciudad. Este apaño le había funcionado muy bien hasta la fecha: Tom parecía contento de trabajar fuera, y Sinclair podía relajarse en la oficina.

La más dura de las responsabilidades de Sinclair consistía en asignarle los trabajos a Tom Krome; llamarle a casa le

resultaba especialmente estresante. Normalmente, tenía que gritar para hacerse oír por encima del ruido de la música o de las voces de mujeres al fondo... no quería ni imaginarse cómo vivía aquel degenerado.

Sinclair nunca le había tenido que llamar un domingo, así que para empezar se disculpó una docena de veces.

—No te preocupes —le dijo Tom.

—Me pareció que esta historia no podía esperar —repliqué Sinclair.

A Krome no le costaba ningún esfuerzo contener la emoción: fuera lo que fuera lo que Sinclair iba a decirle, no sería una novedad. Le tiró un beso a Kate, que se marchó muy decidida a la iglesia.

—Me han dado un soplo —dijo Sinclair.

—Vaya, qué bien.

—Mi cuñado me llamó esta mañana, el que vive en Grange.

Oh, oh, huele a exhibición aérea, se dijo Tom. Mataré a este gilipollas si me manda ir a cubrir otra jodida exhibición aérea.

—¿Tú juegas a la lotería, Tom? —preguntó Sinclair.

—Solo cuando el bote supera los cuarenta millones de pavos. Todo lo demás es calderilla.

—Hubo dos ganadores anoche —siguió Sinclair, con una vocecilla que parecía salir del fondo de un pozo—: uno en el condado de Dade y otro en Grange. Mi cuñado conoce a la mujer. No te imaginas cómo se apellida: Lucks^[3] nada menos.

Tom tuvo que reprimir un gruñido. Ya se imaginaba el titular, «Lady Lucks gana la Loto», pretendidamente irónico e ingenioso, al más puro estilo de Sinclair.

Y la historia que habría detrás sería también de una apabullante banalidad, pura basura. Sinclair catalogaba aquellos artículos como «Buenos sentimientos»; creía que la misión de su departamento era conseguir que los lectores se olvidaran de las desgracias que leían en el resto de las sec-